ello hiciéramos todos, no por eso valdríamos menos. — ¡ Toma ! ¡ acaso el capitán va á hacerse capuchino ! eso quisiera ver yo. — No digo que no lo veáis. — Acaso lleváis ya la medalla. — Cabalmente, y ningún daño me acarrea. » La Virgen santa recompensó tan valerosa franqueza; pues unos días más tarde, se confesó el capitán y comulgó.

Pasando un día delante de una cruz que había en un paseo, se hincó de rodillas y se puso á rezar, lo que dió pábulo á unas jóvenes que le vieron á que se rieran y mofaran. Algunos años después, llevado por la gracia, el capitán se hizo sacerdote, y partió para las misiones extranjeras; seis años más tarde, volvió á Francia, se paró en Lyón y celebró en un convento inmediato á su alojamiento. Mientras decía misa, una joven religiosa no cesaba de mirarle; era fácil de reconocer, pues llevaba en la frente un sablazo que le había merecido el sobrenombre de acuchillado. « Pero señor, repetía en sí misma, ése es aquel capitán, aquel militar que ha seis años estaba rezando al pie de aquella cruz. » Después de la misa, fué y contó el caso á la madre priora, la cual la manda á llevar el desayuno al misionero. Cayó de rodillas al verle, con no pocas lágrimas. « Pero, hija, le dijo él, ¿ qué tienes, y por qué lloras? » Y entonces le contó ella como que era una de las cuatro bobas que se habían burlado de él al verle de rodillas al pie de la cruz. « Y sin embargo, padre, creeréis que justo desde aquel momento me vino el pensamiento de hacerme religiosa. — Es que yo rogué por vosotras, contestó el sacerdote, y Dios me oyó, y ahora tengo gran dicha en bendeciros. »

DÍA VEINTE Y DOS

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CUALIDADES DE NUESTRA CONFIANZA EN LA SANTÍSIMA VIRGEN [1].

Nuestra confianza en la Virgen Santísima ha de ser filial, constante é ilustrada.

Punto I°. — Vuestra confianza en María ha de ser filial. María no es para vosotros una protectora cualquiera, ni tampoco vosotros sois unos extraños para ella. Sois sus hijos, y cuando la invocáis, os dirigís á una madre ; luego debéis tener en María confianza del corazón, confianza de abandono filial. Cuando contáis con las finezas del mundo, y aún con el afecto de un amigo, esa confianza puede admitir duda ¡ Ay ! ¿ dónde está el corazón humano en quien pueda uno fiarse sin aprensión alguna? Pero María es vuestra madre, y la menor duda ó recelo fuera injurioso para ella ¿ Hay cosa que más mortifique el corazón de una madre que la deconfianza de parte de su hijo ?

El espíritu de la Iglesia, la práctica de los fieles, el ejemplo de los personajes más santos autoriza y reclama esa confianza filial en la

1. Sacadas de l'*Annuaire de Marie.*

Virgen bendita, á quien llamáis con el dulce nombre de madre. En efecto ¿ cuáles son las fiestas que se celebran con más concurso, fervor y pompa que las fiestas de María? ¿ Cuáles son las cofradías más extensas y numerosas que las establecidas en honra suya? ¿ Qué nombre, después del de Jesús, resuena con más frecuencia en el corazón y labios de los fieles, que el nombre de María? Sus santuarios son los más concurridos y los más célebres; los reyes, como los simples fieles hacen de ellos objeto de sus piadosas peregrinaciones; sus imágenes son las más obsequiadas y las más populares, y todo cristiano quiere llevar una en su pecho, ó tenerla en su oratorio. Luego ¿ podríais tener el temor de que vuestro amor y vuestra confianza en María fuesen excesivos?

El reino de Dios, observa el célebre canciller Gerson, se compone de dos cosas: la justicia y la misericordia. Jesucristo hizo de él como dos partes; él se reservó el dominio de la justicia, y cedió á María el de la misericordia. Para representarnos la ternura de la Virgen con los que la invocan, nos la pinta el Espíritu Santo con el emblema de una bella oliva: *Quasi oliva speciosa in campis* (Eccl. XXIV, 19.) La oliva es el símbolo de la paz, de la clemencia y dulzura. Pues bien, María está llena de bondad para con sus hijos, y abre el tesoro de su misericordia á quien implora su amparo. Jamás nadie la solicitó en balde. Y san Bernardo,

íntimamente convencido de que nunca abandonó ella á quien la invocó en sus necesidades, no repara en decir: Yo consiento, ¡ oh Virgen María! en que no se hable más de tu misericordia, si se hallare alguien que, habiendo recurrido á ti, se acuerde no haber sido socorrido (San Bernardo, *de Assump.*) Vamos pues á María, prosigue el santo doctor..... recurramos á María, amemos á María con toda la ternura de nuestros corazones, con toda la extensión de nuestro afecto, con todo el ardor de que somos capaces.

Punto IIº. — Vuestra confianza en María ha de ser constante. Debéis recurrir á María en todo tiempo y en todo lugar: en vuestras necesidades espirituales, y en vuestras necesidades temporales; en las enfermedades del cuerpo, y en las del alma; debéis rogarla por vuestros intereses del tiempo, y por los de la eternidad, por vosotros y por los demás, por los justos y por los pecadores; debéis invocarla en vuestros estudios, para lograr buen éxito; en vuestras tentaciones para alcanzar la victoria; en vuestros trabajos, para que los alivie; en vuestros júbilos, para que participe de ellos. Invocadla sobre todo en el momento de escoyer un estado de vida, para que os ilumine sobre vuestra vocación, pues de esa elección depende toda vuestra vida y la eternidad vuestra.

Esa universal confianza en María nos encarece san Bernardo, con estas palabras que

siempre deberíamos tener presentes : « ¡ Oh hombre, que tienes que vivir bogando en el proceloso mar del mundo ! vuelve sin cesar los ojos hacia María ; ella es la estrella que te guiará á través de los escollos ; si las tentaciones agitan á tu corazón, cual la tempestad agita las olas del océano, mira hacia tu estrella, invoca á María ; si te asaltan las olas del orgullo, de la envidia, de la ambición ; si la venganza, el deleite ó la ira ponen tu frágil nave en peligro de perecer, levanta los ajos hacia María, y pídele socorro. En todo los peligros, en toda triste extremidad, piensa en María, invoca á María, permanezca siempre su nombre bendito en tu corazón, así como en tus labios. En fin, añade el santo doctor, si sigues á María no te desviarás; si le ruegas, no desesperarás ; si ella te sostiene, nada tienes que temer ; si ella te guía, se hará fácil el camino ; si se interesa por ti, llegarás feliz al puerto de salvación, y al término de tu azarosa navegación. » ¿ Puédese encarecer en términos más enérgicos la absoluta confianza en María ?

Punto III°. — Nuestra confianza en María ha de ser ilustrada. Contar con que la Virgen Santísima nos logrará el cielo, descuidando nosotros las condiciones que Dios puso á nuestra salvación : huír el pecado, y practicar las virtudes cristianas, eso sería dejarnos llevar de una ciega presunción, y no sería una confianza ilustrada. Por cierto, no podemos poner

en duda el amor de Dios por nosotros, ni su gran deseo de salvarnos, bastante nos lo probó con entregar á su único Hijo por nuestro rescate. Y sin embargo, dice san Agustín, el Dios que nos creó sin nosotros, y que tan caro compró el poder de salvarnos, no nos puede salvar sin nosotros ; necesita nuestro concurso para ello, y es condición indispensable. Así sucede pues con María, ella está llena de ternura por nosotros, desea con ardor nuestra salvación, y es todopoderosa para alcanzarla ; sin embargo, no nos salvará sin nosotros. Dice Jesucristo : Todos los que gritan : Señor, Señor, no entrarán por eso en el cielo ; sólo entrarán aquellos que hacen la voluntad de mi Padre. Así María no llevará al cielo todos los que la honren é invoquen, sino los que se esmeren en imitar sus virtudes. *Proximo ejus afferentur tibi.*

No os contentéis pues con invocar á María, con llevar su librea, y llamaros hijos suyos, sino imitadla, andad, á la fragancia de sus perfumes, en el sendero de la virtud. Sea ella para vuestro corazón un espejo de justicia, que forme vuestros pensamientos, vuestros deseos y afectos ; sea para vuestro brazo un espejo de sabiduría, que dirija todas vuestras acciones. Invocar á María, apartándose de la senda que ella signió, sería un culto hipócrita, un culto que ella no puede recompensar. Honrar á María es trabajar por hacerse semejante á ella ; amar

á María, es amar á Dios; consagrarse al servicio de María, es estar resuelto á entrar generosamente en la vía augusta que lleva al cielo.

¡ Oh María, mi soberana Señora ! yo me arrojo con confianza al seno de tu misericordia, yo me entrego enteramente y sin reserva á tu santa y digna guarda y pongo en tus manos hoy y para siempre mi alma y mi cuerpo; yo pongo en ti mi esperanza y mi consuelo; en mis penas y miserias, en mi alegría ó tristeza, está siempre presente en mi espíritu, á fin de que mis pensamientos, mi obras y palabras vayan dirigidas según tu beneplácito y la voluntad de tu adorable Hijo. Amén.

EJERCICIO

Contar con el amparo de María para llegar al cielo, sin hacer conato alguno para salir del pecado, sería no un honor tributado á María, sino insana presunción; no un acto de confianza, sino un acto de desprecio.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

El Acordaos del capitán. — El joven L***, nacido en el regimiento en los peores días del Imperio, no había recibido instrucción religiosa alguna. Todavía niño, tuvo la desgracia de perder á su madre. Su padre, tambor mayor, acostumbrado á la borrachera, no le había dado sino malos ejemplos. Un día estando este último gravemente enfermo, á

consecuencia de sus excesos de todo género, el pobre niño abrumado de pesadumbre, y viéndose como abandonado de los hombres, concibió el deseo de dirigirse á Dios. Se pone de rodillas, y como no sabía ninguna oración, compuso una: « Dios mío, dijo, si tenéis á bien devolver la salud á mi pobre padre, yo os prometo hacerme instruír en la religión, ser bueno para prepararme cual se debe á la primera comunión, y seguir toda mi vida siendo buen cristiano. » Dios atendió á tan sencillo ruego. El mismo día, con gran admiración de los médicos, que le miraban como perdido, el padre enfermo se encontró mucho mejor, y unos días después quedó perfectamente sano.

Fiel á su promesa, el joven L*** fué á ver á un buen sacerdote, el cual, después de instruírle lo conveniente, le admitió gustoso al banquete de los ángeles.

El piadoso niño perseveró en sus buenas resoluciones; y sólo Dios sabe lo que tuvo que aguantar de sus camaradas impíos y libertinos, y también de su padre, el cual se burlaba de él, é iba hasta maltratarle por causa de su piedad.

Nada pudo arredrar á tan fervoroso cristiano, y poco á poco se granjeó la estimación y respeto de todos. Merced á su buen porte y valor, llegó al grado de capitán, á la condecoración de la cruz de honor y contrajo un ventajoso matrimonio. Dios siguió bendiciéndole con darle hijos á quienes educó cristianamente. Hé aquí el fiel relato de una cura milagrosa que logró por la intercesión de la Virgen Santísima; vamos á contarla tal cual él mismo nos la relató, citando sus propias expresiones, para conservar el color y sinceridad del suceso.

En la servidumbre del capitán L*** había una criada para el cuidado de los niños, la cual padecía de espantable enfermedad, pues era epiléptica. Habiéndolo notado la señora del capitán, propuso á

su marido que la despidiese. « ¡ Cómo, dijo el buen militar, despedir á la pobre muchacha por ser desgraciada! me parece que eso no sería muy caritativo; hagamos una buena obra con guadarla en casa. — Como á tí te parezca, contestó la señora, pero lo cierto es que expone la vida de nuestros hijos; ya que tú lo deseas, bien podemos guardarla todavía algún tiempo, pero mientras tanto, nos vemos precisados á tomar otra para cuidar á los niños. — Mujer, repuso el capitán, me sorprende eso que dices; hay un medio muy preferible al que tú me propones, y es el de hacer una novena á la Virgen para obtener la cura de esa pobre muchacha. Empieza pues la novena, la empezará también ella, los niños, y por mi parte, me uniré con vosotros para pedir dicha gracia. — Bueno, contestó la señora, ningún peligro corremos en emplear ese medio. » Y se dió principio á la novena. Pero antes que concluyese el piadoso ejercicio, experimentó la criada accidentes más violentos que nunca. Por lo cual, la señora del capitán, que era como la mujer de Job, de Tobías, y otras muchas, se puso á decir : « Ya ves, hombre, que nada logramos. Por supuesto, es preciso ser buen cristiano, tener confianza en Dios, no avergonzarse de la fe; pero también hay que evitar la nimia presunción, y no figurarse que Dios va á hacer milagros en cada esquina. » No se dejó vencer el capitán, ni menos desalentar por semejantes discursos. — Muy bien se deja de ver, contestó, que lees poco el Evangelio, el cual dice : « Buscad y hallaréis, llamad y os abrirán. Si tuvierais tan sólo fe tamaña como un grano de mostaza, tansportaríais los montes. » Vamos á emprender otra novena, y luego, si no acierta, otra más, y si hay lugar, una novena de novenas; yo no desmayo por tan poco.

Se repitieron las novenas, y también los accidentes de epilepsia. No obstante no se apocaba la

confianza del capitán con las dificultades; cierta voz interior le decía que si perseveraba en la oración, acabaría per lograr la solicitada gracia. Un día, después de fervorosa comunión, se retiró á su gabinete, y de rodillas ante una hermosa imagen de la Virgen, le suplicó con todo el encarecimiento de su alma le concediese ese favor : « ¡ Oh María, dijo con conmovedora sencillez, no podéis negarme lo que os pido desde tanto tiempo; vuestro honor y el mío están comprometidos en ello; yo di mi palabra que lograríamos esa gracia; si por imposible me la negáis, me veré obligado á cambiar el *Acordaos,* la bella oración de san Bernardo. Me veré obligado á decir con gran pesar mío : « Vos, á quien no se puede llamar misericordiosa, acordaos que en adelante se oyó decir que algunos de los que recurrieron á vos, no fueron atendidos. No llevado ya de la misma confianza, yo..... Pero no, aquí me paro, siendo estas palabras demasiado injuriosas, estoy seguro que me habéis escuchado. » Se levantó con los ojos llenos de lágrimas; un sentimiento indefinible inundó su corazón, y le dijo que su súplica había llegado hasta el trono de la más misericordiosa de las madres. Y no se equivocaba; conmovida María de tanta fe, devolvió la salud á la enferma. Cuando el capitán nos relató el suceso, ya iban transcurridos algunos años sin que la muchacha, á quien habían abandonado por incurable los médicos, tuviera mi aún asomos de accidente.

La confianza en María enteramente justificada. — Un convoy de diez ó doce barcas que iban á Venecia se encontraba en la mar á catorce leguas de Nª Sª de Loreto, la víspera de una fiesta de la Virgen; tuvo toda la tripulación deseo de ir allá á oír misa al día siguiente, pero se opuso el jefe por miedo de los piratas turcos. Lleno de confianza en la santa

Virgen, un marinero llamado Antonio dijo que él se encargaba de guardar solo el convoy bajo la protección de la Madre de Dios; comunicóse su confianza á todos los demás, hasta al jefe, el cual consintió en todo. Partiéronse muy por la mañana, quedándose solo Antonio. Al cabo de largo rato, columbró unos bajeles que se aproximaban á vela tendida, y reconoció que eran turcos que venían á llevarse las barcas cuyo custodio era él solo. Se encomendó con fervor á la Virgen, haciéndole presente que si lo habían dejado todo, era por ir á honrarla. Se colocó á la cabeza del puente, en la barca más expuesta, y agazapóse lo largo del bordo con una hacha en la mano. Pocos momentos después, sintió que se movía la barca; era un turco que había puesto la mano en el borda. Levántase de repente Antonio sobre sus rodillas, y de un hachazo corta la muñeca al turco, cayendo la mano dentro de la barca, y otra vez se agazapa; pero el turco mutilado echó tan espantable grito, que infundió terror á sus compañeros. Esto es un lazo, exclamó, están esas barcas llenas de gente armada, y oculta para sorprendernos. Y con esto, todos los turcos se huyeron; y un momento después, levantando Antonio la cabeza, los divisó lejos en alta mar; hincóse de rodillas dando gracias á su poderosa libertadora por tan particular favor. Mientras tanto los compañeros, que regresaban de Loreto, viendo á lo lejos la escuadra en retirada, se sobresaltaron, no dudando que se llevaban á Antonio con todas las barcas; pero ¿ cuál no fué su sorpresa al ver que Antonio se adelantaba hacia ellos con el hacha levantada, colgada en ella la mano del turco, y contándoles luego el suceso? Todos juntos entonces cantaron la letanía de la Virgen, para agredecerle tan brillante victoria.

El niño librado de las llamas por María. — El milagro que vamos á relatar viene aseverado por varios autores graves, entre ellos Evagrio, el cual lo cuenta como sucedido en su tiempo en Constantinopla, y conocido de todo el mundo. En la época en que el patriarca Mauricio gobernaba la Iglesia de Constantinopla, se acostumbraba todavía, en aquella antigua ciudad, dar á los niños que tenían aún la inocencia bautismal, las partículas sagradas del cuerpo de Jesucristo, que quedaban después de la comunión de los demás cristianos. Sucedió que un día, un niño, hijo de un padre judío que tenía en su casa un horno para trabajar el vidrio, yendo á la escuela con otros niños cristianos, fué con ellos á la iglesia, y se presentó inocentemente con los demás para recibir los fragmentos de la santa Eucaristía. De vuelta á su casa, relató sencillamente lo que había hecho. El padre, hombre brutal, poseído de vehemente odio por el cristianismo, y llevado de rabioso furor, agarró al muchacho y le arrojó al horno que estaba entonces encendido.

Poco después, volviendo á su casa la madre, pregunta por su hijo, y buscándole por todas partes en el barrio, no pudo dar con él. Tres días después estando en su tienda, y en su inconsolable dolor evocando el recuerdo de su querido hijo, se sobresaltó al oír la voz de éste, que le contestaba y llamaba con el dulce nombre de madre. Se conmovieron su entrañas oyendo tal voz que parecía salir del horno; voló allá, y abriendo la puerta, se extremeció al ver al pobrecito, vivo en medio de las llamas. Llama á los vecinos, acude gente para presenciar tal portento; sacan al niño sano y salvo de aquel brasero, y pregúntanle cómo tal acontenció. Contó el niño que su padre le había arrojado al horno por haber asistido á las ceremonias de cristianos, que una gran señora resplandeciente de luz le había preservado de las llamas cubriéndole con

su manto, y que también le había dado de comer. Añadió quel aquella señora se parecía mucho á la imagen que él había visto en la iglesia de los cristianos, y que era la de la Virgen.

Habiendo sido relatado este milagro al emperador y al patriarca con todas las circunstancias, el malvado judío fué sentenciado á perder la vida, y murió en su terca impiedad. La madre y el hijo tan milagrosamente salvados, recibieron el santo bautismo, y todos los fieles, testigos del prodigio celebraron las alabanzas de Dios y de la madre de misericordia, que tan bondadosa se muestra, hasta con aquellos que no la conocen. (ABELLY).

DÍA VEINTE Y TRES

CONSIDERACIONES SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARIA

María participó en grado eminente de la santidad de Dios por la exención del pecado; de la gloria de Dios por los títulos de que goza; del poder de Dios por su crédito ; esos son los primeros títulos de su grandeza.

PUNTO I°. — Lo que distingue sobre todo al Altísimo, y lo que merece particularmente los himnos de amor de los serafines, como las adoraciones de los hombres, es que él es el Dios tres veces santo. *Ego sanctus sum.* Su omnipotencia amedrenta menos que su santidad, pues la omnipotencia de Dios está templada por la bondad. Hasta los paganos lo entendieron así, dedicando sus templos al Dios muy bueno y muy grande : *Deo optimo maximo.* La santidad de Dios por el contrario nos hiela de terror. Vi al Señor frente á frente, exclamaba Jacob atemorizado, y sin embargo estoy todavía en vida[1]. Si los serafines en la gloria se cubren el rostro con sus alas, es porque los deslumbra la santidad de Dios ; y el atributo que de mayor modo

1. Gen., XXXII, 30.